

**(58) indicios, metáforas, montajes. La obra heterogénea
en los estudios literarios latinoamericanos actuales**

Francisco Gelman Constantin
Instituto de Literatura Hispanoamericana y Departamento de Letras
(Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires)
Conicet

Jean-Luc Nancy, diríamos, es ‘nuestro’. Nosotros, los investigadores y las investigadoras literarias. Alguien diría quizás, que es de la filosofía; pero durante los últimos treinta años por lo menos no hemos tenido mayores problemas en leer casi cualquier texto filosófico como teoría literaria. Y la Deconstrucción especialmente. Nancy además ha escrito sobre la literatura del Romanticismo y sobre el objeto libro, no debería ser un problema apropiarnoslo. ¿Qué pasa sin embargo cuando nos encontramos con algo así? [fotos de 58 *indicios*] Maricel Alvarez entre en escena en un teatro y lee un fragmento, se desnuda y baila, y después otra performer y después otro, y después otra, y así hasta 59, completando el texto de “58 indicios sobre el cuerpo” de Nancy. La respuesta más rápida sería: ya no nos concierne; desde que en el medio del texto tenemos un cuerpo (o varios) pasa a ser asunto de los investigadores teatrales, de los *performance studies*, o de la disciplina que nos parezca, pero no de los investigadores y las investigadoras literarias. El primer problema con esta respuesta sería si seguimos igual de cómodos con ella cuando a partir de esta serie de performances aparezca un libro, *Communitas*, del mismo Emilio García Wehbi que dirigía las performances y la fotógrafa Nora Lezano; menos seguro, un libro nos toca más de cerca. Pero, segundo problema, incluso si lidiáramos solo con la performance, desde hace varios años la comunidad de estudiosas y estudiosos viene respondiendo de una manera menos complaciente a los protocolos de homogeneización de objetos.

Pensemos por ejemplo en algunos de los trabajos de Mario Cámara sobre usos del cuerpo en la cultura brasileña. Consagrado al concretismo y neoconcretismo, Cámara encuentra la necesidad de situar la relación entre poesía y producción plástica, y coloca por caso a Lygia Clark y Hélio Oiticica en la genealogía de Paulo Leminski o Torquato Neto, para comprender lo que la intrusión del cuerpo produce sobre el rigor formal del modernismo brasileño. La concepción que formula para organizar ese vínculo es la del funcionamiento de una cierta semantización del cuerpo como “matriz discursiva” para la creación estética (Cámara, 2011 y 2007a). Si bien se refiere también a los manifiestos y entrevistas de los artistas plásticos para sostener la transferencia de “fundamentos teóricos”, la investigación supone que el modo en el que objetos (y no-objetos, según la denominación de Ferreira Gullar) elaborados por esos artistas intervienen sobre el cuerpo de los espectadores/participantes tiene efectos sobre las condiciones de producción de la

literatura posterior, y por lo tanto la consideración retroactiva de esos objetos compromete a los estudios literarios.¹ Por su parte, Daniel Link ha defendido –sistemáticamente desde su libro de 2009, *Fantasmata*– la necesidad de dar gravitación a la noción de “imaginación” en los estudios literarios, como núcleo vital de prácticas dentro y fuera de (o anteriores y posteriores a) incluso el arte en sentido amplio. A través de las circulaciones fantasmáticas, sus análisis pueden leer en red fotografías, instalaciones, series de televisión, escrituras (todavía o ya no más) literarias, disposiciones museográficas, programas deportivos, obras pictóricas, discursos presidenciales y novelas gráficas, comprendidos en su conjunto como productos (o domesticaciones) de la potencia imaginativa. De acuerdo con Florencia Garramuño (2015), los conceptos de “inespecificidad” y “no pertenencia” llevan progresivamente a través de la literatura y las artes latinoamericanas contemporáneas del cuestionamiento de la cerrazón de las disciplinas a la objeción de la autonomía y al pensamiento político de lo común. Componiendo la impropiedad sobre la que Esposito sostiene la *communitas* y la posmedialidad de Rosalind Krauss, Garramuño defiende el atravesamiento de fronteras como caracterización de un horizonte de prácticas y como proyecto ético. La lista podría seguir, de considerar las “estilografías visuales” de Adriana Amante, el modo de Adriana Rodríguez Pérsico de concebir la “afinidad” entre Castelnuovo y Hebequer, las errancias y los fuera de campo de Graciela Speranza, etcétera.

En ese contexto, importa destacar la posición del pensamiento biopolítico en muchas de las argumentaciones contrarias a la excesiva restrictividad disciplinar de los estudios literarios recién revistas. En la medida en que bajo el influjo de las teorías biopolíticas no se restrinja la relación del lenguaje con la vida a un modo de representarla, las nuevas concepciones de las prácticas literarias desdibujan algunos de los criterios excluyentes de homogeneización de materiales para la investigación. A este espacio de disidencia epistemológica pertenecen las posiciones de investigadores como Gabriel Giorgi (2014), Cecilia Sánchez Idiart (2016) o Julieta Yelin (2012) cuando desafían las concepciones representacionales y metafóricas de la relación entre lo viviente y el discurso. Incluso en los casos en que sus objetos propios pueden especificarse como literatura –por ejemplo, el estudio de las novelas de Rafael Pinedo y Carlos Ríos, en el caso de Sánchez Idiart–, su concepción de los estudios literarios obvia una restricción clasificatoria categórica porque anticipa el peligro de que ese parcelamiento conlleve un adelgazamiento autonomista del vínculo vital entre cuerpo y lengua.

En solidaridad con esta inflexión, aunque en una modulación que acaso varios de ellos no aceptarían, podríamos sugerir una articulación algo arriesgada entre el error o desvío en el que Foucault declina la vida (2007: 52-57) y la noción freudiana de trasposición de la pulsión según la recuperan los seminarios de Lacan (Freud, 1992; Lacan, 2004: 5199-5211). Compartiendo la justeza de las críticas que los estudiosos y las estudiosas actuales dirigen a las metáforas corporales y las metáforas animales, acaso podamos ahora en cambio defender en el sentido lacaniano la inherente metaforicidad de lo viviente mismo, entendida como su inclinación irrefrenable a entrar en composición con aquello que lo excede, con un aditamento que no satura su incompletud –su “precariedad”, diría Butler (2010: 42-47)– pero sí le sirve de prótesis. Asumido el riesgo de la conexión entre tales conceptos, podemos sin embargo no solo argumentar en su defensa en línea descendente el modo en que la tesis butleriana de la precariedad supone ya la composición implícita de la biopolítica con el teorema lacaniano de la premaduración, sino también por vía genealógica adherir a la figura de Georges Bataille como nodo ramificado que alimenta por una parte a Foucault y la biopolítica, y por otra al psicoanálisis lacaniano.

El recurso a Bataille carece de inocencia. Depende de la inscripción de este texto en diálogo estrecho con aquella línea de los estudios literarios locales que viene situando el concepto de heterogeneidad del autor francés a la cabeza de un programa de investigación. Me remito al seminario doctoral que dictaron en la Universidad de Buenos Aires Nora Domínguez y Adriana Rodríguez Pérsico en 2012, “Lo heterogéneo en la literatura. Figuras de la anomalía y la monstruosidad”. Allí, del texto de Bataille “La estructura psicológica del fascismo” se extraía la hipótesis de que “toda sociedad consta de una parte homogénea y una parte heterogénea” (Domínguez y Rodríguez Pérsico, 2012: 1), elementos integrados a la lógica de la utilidad transitiva y la productividad capitalista, y elementos dotados de una autodeterminación divergente, improductivos y disidentes. En su rastreo genealógico hacia Donna Haraway, el seminario dejaba ya advertir el encabalgamiento del concepto bataillano de heterogeneidad, entre el pluralismo ontológico y la producción política de la diferencia. Si bien el sostenimiento de la dimensión ontológica (i.e. la heterogeneidad ya no simplemente como producto de la exclusión, sino como causa del proceso de separación) tiene el peligro de una naturalización de la diferencia, si se pudiera sostener al mismo tiempo un espesor ontológico a la heterogeneidad y distinguirla de la diferencia como proceso político (gubernamental) coincidente con los procesos de desintegración y la separación de heterogeneidades altas y bajas descritos por Bataille en “La estructura psicológica” quizás estemos en mejores condiciones para comprender las relaciones de la diversidad interna de los materiales a los que se enfrentan los estudios literarios y sus procesos de discriminación valorativa. Es en este sentido que cobra pleno valor la iniciativa de adoptar la heterogeneidad bataillana a la cabeza de un programa de investigación literaria, y que puede comprenderse su puesta en juego a la hora de estudiar los efectos de las obras de Elías Castelnuovo en la cultura rioplatense (Rodríguez Pérsico, 2012 y 2014), por ejemplo.

Si llamo, entonces, a algunas obras que nos obligan a llevar a cabo reflexiones de este tipo, “heterogéneas” no es simplemente para oponerlas a la homogeneidad del objeto que reclama la epistemología institucional, sino también para pensar estos objetos desafiantes en relación con esta línea de reflexión en torno a lo heterogéneo que ya pertenece a los estudios literarios y que valdría la pena defender e intensificar. Admitir la performance *58 indicios sobre el cuerpo* y el ensayo poético-fotográfico *Communitas* como material de investigación literaria supone ajustarse a la incursión del cuerpo en el interior de una práctica acostumbrada a mantenerlo en la segura distancia de la representación. En ese gesto de atravesamiento vale la pena medir aquello que ambas obras infligen sobre el ensayo “58 indicios sobre el cuerpo” de Nancy.

El texto de Nancy, publicado originalmente en francés en 2004, prolonga y concentra hasta el aforismo las reflexiones que el autor presentaba una década antes en *Corpus* [fr. 1992], aunque también las empuja hasta las réplicas paradójicas que sirven a García Wehbi para tomar partido contra algunos de sus supuestos. Por lo que nos concierne, cuando el ensayo de 2004 repudia el concepto de “incorporación” y hace del cuerpo “extenso” e “impenetrable” (Nancy, 2007: 22, 13) lo que está en juego es la disyunción absoluta de cuerpo y lenguaje que defendía el ensayo más temprano. En efecto, *Corpus* situaba una distancia insalvable entre la materia viviente envuelta por la piel y la escritura, un “límite absoluto” a través del que “nada transita” y en el que solo obsta un tacto entre infranqueables. Nancy declaraba detestar “la historia kafkiana de *La colonia penitenciaria*, falsa, fácil y grandilocuente”, por implicar “no sé qué marcas que vendrían a inscribirse sobre los cuerpos”, “improbables cuerpos que vendrían a trenzarse con las letras” (Nancy,

2003: 14). El cuerpo contemporáneo, añadía, es extensión, el espaciamento mismo que lo aparta de la letra (ib.: 18-21). Aunque el nombre propio que figura es el de Kafka, es patente que aquello impugnado detrás de la hipótesis de la ‘inscripción sobre los cuerpos’ es el Foucault de la *Historia de la sexualidad I* (1976) o *Vigilar y castigar*, así como indirectamente su inflexión *queer* en *El género en disputa* de Judith Butler (1990). Si – como ha hecho notar Joan Copjec (1994)– el foucaultianismo clásico de esos textos suponía la inmanencia absoluta entre el discurso que integra los dispositivos disciplinarios o biopolíticos y la producción de cuerpos, Nancy les oponía la absoluta *excripción*, la separación irreductible que figura en su obra como utopía emancipatoria.

A García Wehbi, en su artaudianismo militante, ninguna idea le es más ajena que la de una distancia infranqueable entre cuerpo y lenguaje. La performance de 2014 y el libro de 2015 se invierten en cambio en la imbricación entre uno y otro. Solo así puede comprenderse que, como declara Lezano a raíz de *Communitas*, “Un cuerpo desnudo más que mostrar, afirma” (Soto, 2015: 26), o, en palabras de Wehbi, “La violencia, la memoria, la sexualidad, el deseo o el tiempo pueden ser los tópicos, pero es el cuerpo la forma de enunciarlo” (Rosso, 2014); es pues preciso exceder el terreno de la representación para situar el carácter afirmativo (proposicional y no deíctico) del cuerpo desnudo. En una toma de posición categórica, las y los performers de la pieza, justo después de leer el fragmento del texto de Nancy que le toca a cada uno, se desnudan todavía parados frente al micrófono, incorporando su cuerpo como último enunciado de su parlamento, y exhiben los números que llevan dibujados sobre la piel. En el mismo momento en que se vuelven contra la *excripción* al incorporar un cuerpo en el meollo del habla y una cifra en la superficie de la piel, por otro lado, los y las intérpretes se alejan de cualquier pretensión de inmanencia, precisamente por cuanto rechazan el libreto que pretendía dirigirlos. En un movimiento de síncopa característico de la poética de Wehbi, los cuerpos saltan a la vista fuera del lugar que se les reservaba, inscribiendo su relación constitutiva con la configuración discursiva en la misma medida en que se le enfrentan. Los textos de Nancy que los performers alteran preparan sin embargo (hacen lugar a) el ingreso de los cuerpos como un decir.

Por un desvío no carente de ironía habida cuenta de las prevenciones del artista frente al psicoanálisis (cfr. Tesone, 2016) –por lo menos desde que el Periférico de Objetos montara *Zoedipous* en 1998 y hasta el recorrido de los textos de Slavoj Žižek en *El grado cero del insomnio* (Teatro Beckett, 2015)–, acaso la formulación teórica más acorde que pueda encontrarse para la concepción que sostiene *58 indicios* esté en la teoría lacaniana del montaje. Si Élisabeth Roudinesco sugería situar la heterogeneidad de Bataille en la genealogía de lo Real lacaniano (2000: 204-207), la radicación del cuerpo a caballo entre los registros real, imaginario y simbólico como efecto del lenguaje puede permitirnos comprender los desplazamientos que introduce el lacanianismo en el pensamiento de la heterogeneidad. Si la dominación cultural dependía para Bataille del entretejido de las partes homogéneas con incrustaciones discretas de heterogeneidad de las que derivaría su carácter imperativo (1993: 12-14), el riesgo de acuerdo con la lectura lacaniana no es tanto el de la naturalización de la diferencia, cuanto el de la naturalización de la homogeneización. Esa es, en efecto, la dimensión que se juega en el concepto de montaje, que hace de la heterogeneidad el umbral de partida de toda alquimia cultural, de todo choque del cuerpo con el lenguaje (Miller, 2011).

La palabra “montaje” comienza a introducirse en los seminarios de Lacan en los años sesenta, haciéndose eco de la expresión freudiana de “aparato psíquico”, y va adquiriendo presencia conceptual cada vez más definida. Aunque también tiene pleno

espesor terminológico cuando define al fantasma como “montaje del deseo” (Lacan, 2001: 368), la noción de montaje toma precisión conceptual plena como parte de la reformulación del término ‘pulsión’. Durante su curso de 1964, *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Lacan se detiene sobre la palabra “montaje” y precisa que debe servir para privar a la pulsión del finalismo que pueda proceder de alguna comprensión del funcionamiento de las máquinas o de su reducción a una noción simplista de “instinto”; en cambio, el montaje, pensado en relación con ciertos collages surrealistas –sin duda resuenan allí las operaciones de su amigo Bataille en las revistas-*Documents* y *Acéphale*–,ⁱⁱ sugiere entender la pulsión como una composición “sin pies ni cabeza”, “la marcha de un dínamo que ramificaría en una toma de gas con una pluma de pavo que sale de alguna parte y que excita el [¿ojo?] con el vientre de una mujer joven” (2004: 5210). La coalescencia con las obras de Wehbi comienza a comprenderse, toda vez que al artista el cuerpo se le aparece como “el territorio extraño en donde confluyen lo sofisticado y lo salvaje, *bello como el encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de disección*” (Wehbi y Lezano, 2015: 178; las itálicas son del original), utilizando una cita a Lautremont que completa la genealogía surrealista.

Lo que de la pulsión se debe concebir como “montaje” de acuerdo con Lacan (leído desde Wehbi) es pues el “salto sin transición” entre heterogéneos (2004: 5210, 6156), la conjunción entre el viviente y el lenguaje que no resuelve de un plumazo su divergencia como totalidad u organismo. Porque la pulsión es montaje, entonces, composición sin identidad, puede el cuerpo articular una voz sin quedar prendido enteramente por el discurso que se la presta: porque hay montaje es posible la desobediencia.ⁱⁱⁱ Es en esta inflexión precisa, entonces, que vale la pena pensar el desafío que *58 indicios* levanta, valiéndose del texto de Nancy para transformar su teoría radicalmente, para afectarla de la presencia de cuerpos en su interior (y no en su límite). Si la performance de Wehbi y el libro en colaboración con Nora Lezano reclaman a los estudios literarios un pensamiento renovado sobre las relaciones entre cuerpo y lenguaje es porque pronuncian dos exigencias simultáneas. Por una parte, el rechazo de cualquier sustancialismo, de cualquier encierro del cuerpo en una metafísica conservadora de la naturaleza: el cuerpo no precede a la Historia como un trascendental o como una Madre Tierra ultrajados por el tránsito simbólico de los hombres, sino que es siempre el objeto de operaciones de producción e información, deformación y transformación, al cabo de la invención de una escena que los convoca entre la manipulación y la ortopedia. Y al mismo tiempo –segunda exigencia– esos cuerpos no se sincronizan nunca con el discurso que los invita y precisamente de esa síncopa soportan su disidencia. Entre las fotografías de desnudos que se intercalan a los epigramas teórico-poéticos de *Communitas*, y los movimientos de las y los performers de *58 indicios* el cuerpo se incrusta como objeto extraño, heterogéneo, en el interior del horizonte de los estudios literarios a disgregar cualquier expectativa representacional y depositar el discurso literario en el sitio paradójico de una prótesis presupuesta o como parte de un montaje en la disyunción de cualquier idea de pureza.

En la performance, cada cuerpo se ubica entre la doble caligrafía del número rojo que lleva pintado en su espalda y los trazos de barro dibujados sobre el anverso luego de recitar cada uno su fragmento del texto de Nancy, así como dentro de un delgado cuadrado de tierra que delimita el espacio escénico. Informado al calor de las frases y marcos que los convocan, los cuerpos responden al lugar al que se los asigna con una escritura espontánea en las fronteras de lo lingüístico y que toma su propia superficie como soporte insustituible, como página irreductible a la homogeneización. Cuando los y las 59 intérpretes junto a

otros 33 posan para las fotografías de *Communitas*, su gesto corporal y los mismos trazos en barro, así como las cicatrices, tatuajes y demás notas que puntúan su piel, interceptan la lectura sin expulsarla: montan un circuito heterogéneo por el que fuerzan a transitar a cualquier interrogación consecuente. Entre imágenes, escrituras y voces, se conjugan discursos y prácticas diversas y conflictivas sobre una materia viviente insumisa a cualquiera de ellos pero sin cuya articulación ese cuerpo no entraría en esta escena.

- Bataille, Georges (1993), “La estructura psicológica del fascismo” [fr. 1933], en *El Estado y el problema del fascismo*, Murcia, Pre-Textos. Trad. de P. Guillem Gilabert.
- Butler, Judith (2010), “Vida precaria, vida digna de duelo”, en *Marcos de guerra*, México D. F., Paidós, pp. 13-56. Trad. de B. Moreno Carrillo.
- (1990), *Gender Trouble*, Nueva York, Routledge.
- Cámara, Mario (2011), *Cuerpos paganos*, Buenos Aires, Santiago Arcos.
- (2007a), “Apuntes para una historia de los usos del cuerpo en la cultura brasileña: Lygia Clark y Hélio Oiticica”, revista *Crítica Cultural*, n° 2, vol. 2 (julio-diciembre de 2007). Disponible en <linguagem.unisul.br/paginas/ensino/pos/linguagem/critica-cultural/0202/04.htm>
- (2007b), “Contranarciso”, revista digital *Cronópios*, nota del 7 de diciembre de 2007. Disponible en <cronopios.com.br/content.php?artigo=9025&portal=cronopios>
- Copjec, Joan (1994), *Read My Desire*, Cambridge, MIT Press.
- Domínguez, Nora y Adriana Rodríguez Pérsico (2012), “Lo heterogéneo en la literatura. Figuras de la anomalía y la monstruosidad”, programa de seminario en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), segundo cuatrimestre de 2012.
- Freud, Sigmund (1992), “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”, en *Obras completas. XVII*, Buenos Aires, Paidós, pp. 113-123. Trad. de J. L. Etcheverry
- Foucault, Michel (2007) “La vida: la experiencia y la ciencia”, en G. Giorgi y F. Rodríguez (comp.), *Ensayos sobre biopolítica*, Buenos Aires, Paidós. Trad. de F. Rodríguez.
- (1976), *Histoire de la sexualité I: la volonté de savoir*, París, Gallimard.
- García Wehbi, Emilio y Nora Lezano (2015), *Communitas*, Buenos Aires, Planeta.
- Garramuño, Florencia (2015), *Mundos en común*, Buenos Aires, FCE.
- Giorgi, Gabriel (2014), *Formas comunes*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Lacan, Jacques (2004), *Les Séminaires*, París, A. L. I. Ed. de C. Melman
- (2001), *Autres Écrits*, París [Buenos Aires], Seuil [Fénix].
- Link, Daniel (2009), *Fantasmas. Imaginación y sociedad*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Miller, Jacques-Alain (2011), “Lire un symptôme”, conferencia de cierre en el IX Congreso de la New Lacanian School of Psychoanalysis de Londres, 2 y 3 de abril de 2011. Disponible en <wapol.org/es/articulos/TemplateArticulo.asp?intTipoPagina=4&intEdicion=2&intIdiomaPublicacion=1&intArticulo=2305&intIdiomaArticulo=5&intPublicacion=13>
- Nancy, Jean-Luc (2007), *58 indicios sobre el cuerpo – Extensión del alma* [fr. 2004], Buenos Aires, La cebra. Trad. de D. Alvaro.
- (2003), *Corpus* [fr. 1992], Madrid, Arena. Trad. de P. Bulnes.
- Rodríguez Pérsico, Adriana (2014), “Literaturas heterogéneas. El malentendido de Elías Castelnuovo”, *El taco en la brea*, n° 1, pp. 288-300.
- (2012), “Las afinidades de las artes: Un diálogo sobre lo nuevo y lo moderno”, *Hispanamérica*, n° 121 (Abril 2012), pp. 13-24.
- Rosso, Laura (2014), “Carne de cañon”, suplemento *Las 12 (Página/12)*, n° del 24 de octubre de 2014. Disponible en <pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-9262-2014-10-28.html>
- Roudinesco, Élisabeth (2000), *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, Bogotá, FCE. Trad. de T. Segovia.

Sánchez Idiart, Cecilia (2016), “Restos de vida. Estéticas de la supervivencia y políticas afectivas de lo común en Rafael Pinedo y Carlos Ríos”, *452°F*, n° 14, pp. 69-86.

Soto, Ivana (2015), “Contralectura sobre la belleza”, *Revista Ñ*, n° del 31 de enero de 2015, Buenos Aires, pp. 26-27.

Yelin, Julieta (2012), “Imágenes del umbral. Hacia una crítica literaria poshumanista”, ponencia en el *V Congreso Internacional de Letras* (FFyL, UBA), 27 de noviembre y 1° de diciembre de 2012. Disponible en <2012.cil.filo.uba.ar/actas?page=4>

ⁱ Vale advertir en atención a lo que sigue que las investigaciones de Cámara se han servido también de una noción de “montaje”, apoyada en los análisis de Georges Didi-Huberman sobre Eisenstein, y –para pensar la obra de Paulo Leminski por caso– la han movido más allá de su acepción fílmica estricta (Cámara, 2007b).

ⁱⁱ Cfr. a este respecto la noción en Garramuño, en diálogo con Agamben, de “*una confluencia que se opone a la fusión*” porque habla de la construcción de un sentido en el que se encuentran diversos materiales sin que se busque su confusión o estabilización en un identidad híbrida. Destaco también la idea, por lo tanto, de *una comunidad inesencial* de sentido para pensar en un sentido que, sin embargo, no necesita de una especificidad, de una fusión, de una comunidad sustentada en la identidad compartida de cada uno de esos objetos o materiales.” (2015: 23-24).

ⁱⁱⁱ Resulta elocuente en este sentido que la propia Butler, en conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA el 18 de septiembre de 2015, mientras se consagraba a su lectura del *Mal faire, dire vrai* de Foucault acabara situando el *avowal* [asentimiento] de un sujeto a la gestión jurídica de su cuerpo implícitamente muy cerca de la *Bejahung* [afirmación] freudiana, y –de manera ya explícita– señalara la necesidad, a la hora de teorizar la desobediencia, de una reformulación de las relaciones entre el foucaultianismo y el psicoanálisis.